

International Journal of Human Sciences Research

LA IZQUIERDA ECUATORIANA. AVANCES Y REPLIEGUES ENTRE LOS SESENTA Y OCHENTA

Sofia Lanchimba Velastegui

Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad de México, México

<https://orcid.org/0000-0002-2064-3543>

All content in this magazine is licensed under a Creative Commons Attribution License. Attribution-Non-Commercial-Non-Derivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0).



Resumen: El presente artículo delinea tendencias generales entre el avance y el repliegue de la izquierda ecuatoriana entre las décadas del sesenta y ochenta. La época de los sesenta y setenta estuvo marcada por el concepto *revolución*. Sin embargo, desde mediados de los ochenta y durante los noventa se instalaron marcadores conceptuales como *derrota* y la *crisis*. Estas tendencias globales son compartidas por las izquierdas ecuatorianas. La estrategia argumentativa se desarrolla en tres momentos: una breve panorámica sobre las últimas reflexiones en torno a la izquierda, una mirada centrada en los sesenta-setenta y América Latina y, finalmente, las configuraciones de la izquierda ecuatoriana de esos años. Esta mirada al pasado reciente de la izquierda ecuatoriana ofrece un panorama general de su radicalización.

Palabras clave: Ecuador; izquierda; Revolución; sesenta, ochenta.

INTRODUCCIÓN

La complejidad del proceso de cambio que ha vivido Ecuador en las últimas décadas requiere una comprensión del papel que jugó la izquierda ecuatoriana en el último periodo histórico. Varias preguntas sobre las décadas de los sesenta y setenta aún no han sido respondidas y así lo expresan varios investigadores: “¿Fueron sus análisis y proyectos derrotados o algunos tienen vigencia? ¿Qué lecciones positivas y negativas aprender de aquella ola de movimientos antisistémicos y qué relación podrían tener con la crisis actual de la civilización capitalista y la nueva ola de luchas?” (Montes 2014, 40). Sin detenerme a responder esas preguntas trazaré un panorama de los momentos de radicalización y el de derrota en el entendido de que esta última no es definitiva.

LOS SESENTA Y SETENTA EN AMÉRICA LATINA: LA EXPERIENCIA DE LA REVOLUCIÓN

La revolución era el concepto que marcaba la época de los sesenta-setenta. Éste era el concepto que dotaba de sentido a otros como izquierda, política, intelectual, marxismo y violencia. Si la revolución era el sentido de época su arsenal era el marxismo. En esta interpretación coinciden autores como Aricó (2017), Gilman (2003), Lechner (1986), Marini (1985) y Rivas (2012).

Aquí hablamos de los sesenta-setenta como una misma época. Esta idea es desarrollada por Gilman, para quien: “[...] una época se define como un campo de lo que es públicamente decible y aceptable –goza de la más amplia legitimidad y escucha– en cierto momento de la historia.” (Gilman 2003, 36)

Este sentido de época tiene alcance mundial. En América Latina, tiene unos ritmos propios que la diferencian del resto. A mediados de la década del setenta la izquierda había iniciado su repliegue, no así en América Latina que seguía siendo el lugar de la esperanza para la revolución. El reflujo en este lado del mundo iniciará una década más tarde –mediados de los ochenta–.

Los sesenta-setenta estaban marcados por un voluntarismo revolucionario mundial que caminaba hacia el socialismo. En esta época, además, América Latina (como parte del Tercer Mundo) empieza a ser visible en la historia mundial.

La época de la revolución sesentera, también, tiene una configuración *sui generis* en América Latina. Unos de los elementos más destacables son sus “vías revolucionarias”. Tanto la revolución cubana como el triunfo de un programa socialista por la vía electoral (Chile) constituyen objetos políticos únicos en su género. Al respecto, Hobsbawm a manera de testimonio dice: “no había intelectual [de izquierda] en Europa o los Estados Unidos que

no estuviera hechizado por América Latina, un continente en apariencia burbujeante de lava de revolución social”. (Hobsbawm 2018, 7)

El concepto revolución implicaba y abarcaba otros como política o violencia y les impregnaba un determinado sentido. Es decir, se establecía una ecuación entre revolución y política, y, entre revolución y violencia. La revolución gozaba de un privilegiado estatus de verdad. Tal era su importancia que “(...) la relación con la Política fue considerada más importante que la relación con la Verdad” (Gilman 2003, 41).

La violencia revolucionaria tenía dos claros ejemplos en América Latina, la que inauguró esta visión fue la revolución cubana en 1959, veinte años más tarde, esta vía era reactualizada por la Revolución Sandinista en Nicaragua. Los debates sobre las vías, las alianzas y modelos de transición al socialismo son parte de la discusión de aquellas décadas. Esta misma interpretación es compartida por Lechner y Aricó. La revolución no sólo era un horizonte deseable, también era posible. Este anhelo, parecía también, la única respuesta factible a la modernización capitalista en condiciones de dependencia para América Latina. Sin embargo, la revolución no triunfó y hubo una regresión autoritaria. Las dictaduras fueron la respuesta a esa misma percepción de transformación inevitable. Si la izquierda parecía destinada al triunfo y la revolución era el destino inevitable había que girar el timón de la historia con todas las fuerzas -incluidas las más violentas-.

La oleada revolucionaria de la época se tradujo, por un lado, en el cuestionamiento de la “vieja” izquierda y el distanciamiento de los partidos comunistas que la encarnaban. Ni los Estados Comunistas ni los partidos que se habían fundado en cada país parecían ofrecer una vía para América Latina.

Por otro lado, la crítica que provenía de la izquierda a los partidos comunistas, al

dogmatismo y burocratización que expresaba la Unión Soviética permitió la creación de nuevas organizaciones. Es decir, la proliferación de partidos, grupos y movimientos se debe a una demanda de renovación revolucionaria. Las “nuevas” opciones políticas de lucha contra el capitalismo si bien tienen un lazo con el comunismo no se sienten sus herederas.

La producción y el debate que producía la izquierda no sólo arremetía contra el discurso de las élites, como lo puntualiza Rivas, también se extendía la crítica al dogmatismo de izquierda. Esta interpelación estaba dirigida a una recuperación de un Marx que no esté mediada por el manual o los dictámenes de la III Internacional. El debate es alimentado desde varias aristas y permite la producción de conocimiento. “Varias formaciones de izquierdas viven estas producciones teóricas como amenazas a sus dogmas y emprenden intentos de respuesta que, en todo caso, terminan por ampliar el propio debate que querían coartar” (Rivas 2012, 15).

Por varias líneas la producción teórica intenta responder a la realidad latinoamericana que no puede ser interpretada con los lentes de un marxismo de manual.

se abren en ese tiempo y desde estos autores miradas sobre las clases sociales no observadas, como el proletariado agrícola y esas fracciones en constante movilidad que se denominaron los pobres del campo y la ciudad: franjas enormemente extendidas y casi siempre sometidas al trabajo temporal o a la cesantía estructural (...) La representación política de estas clases y fracciones de clase no era asumida ni por la izquierda tradicional ni mucho menos por los partidos de centro. Será la nueva izquierda la que los haga presentes como actores relevantes de la lucha democrática y socialista. Por ello, esta nueva izquierda expresaba una amplia y nueva alianza de clases entre el movimiento obrero tradicional y las fuerzas sociales excluidas de la sociedad política. (Rivas 2012, 16)

En síntesis, los sesenta-setenta eran la época de la revolución, la izquierda concentraba el debate político, el marxismo era usado, discutido y renovado. La transformación radical -tanto por la vía violenta como la electoral- parecía inevitable. La reacción a ese tren que avanzaba con tanta potencia fueron las dictaduras. En este escenario la izquierda en tanto práctica y pensamiento se repliega.

LA IZQUIERDA DE LOS SESENTA-SETENTA: LA VIEJA IZQUIERDA Y LA NUEVA IZQUIERDA

Una rápida mirada a la izquierda de los setenta nos obliga a hablar de izquierdas en plural. Esta pluralidad provocó escisiones de distinto tipo, dificultades para confluir en un proyecto político común y establecer alianzas en pos de la unidad. En esa diversidad, no obstante, predomina el Partido Comunista Ecuatoriano (PCE), su proyecto, su estrategia política y un cierto *habitus*. Los rasgos característicos de la política del PCE eran el acatamiento de los mandatos de la Unión Soviética y la búsqueda de una alianza con la burguesía industrial nacional.

La vieja izquierda era, entonces, la predominante. Bajo esta denominación se identificaba a las organizaciones ligadas a la Tercera Internacional, esta relación tendrá repercusiones en la división de la izquierda ecuatoriana. Por ejemplo, la primera escisión de la izquierda ecuatoriana acaece luego del viaje del primer secretario, Ricardo Paredes, al VI congreso de la Internacional Comunista. “Paredes retornó al país con una concepción sectaria e inquisitorial acerca de las diferencias políticas con los otros sectores del socialismo ecuatoriano”. (Páez 2017, 223). De este hecho se produjo la fundación del Partido Comunista (PC) en 1931. La segunda escisión se da entre las organizaciones pro-soviéticas (Partido Comunista Ecuatoriano

o PCE) y las maoístas o pro-China (Partido Comunista Marxista Leninista Ecuatoriano o PCMLE) en 1964.

A esta segunda escisión se sumarán otras con el apareamiento de organizaciones radicalizadas. Para la década del setenta el repertorio de organizaciones es amplio y diverso. Éstas se situaron a la izquierda del Partido Comunista del Ecuador.

La posibilidad de que nacieran nuevas organizaciones de izquierda radicalizadas se debe, según Ibarra, a los cambios propiciados por el “proceso reformista de la dictadura militar de Rodríguez Lara que, entre 1972 y 1975, abrió un ciclo de reformas de tipo nacionalista y desarrollista” (Ibarra 2014, 165). Dichas reformas, en concreto, son: expansión del Estado, crecimiento de clases medias asalariadas y de una clase trabajadora urbana y tolerancia a las movilizaciones de trabajadores y campesinos (Ibarra 2014). Estas reformas fueron posibles debido a “... tres acontecimientos claves en la historia económica del Ecuador (...): la crisis de las exportaciones bananeras, el surgimiento del polo industrial y el descubrimiento del petróleo” (Montes 2014, 35)

Las izquierdas radicalizadas de los setenta insisten: 1) en la autonomía política respecto a la URSS, 2) la construcción de un proyecto-programa político que responda a la realidad del país y 3) conservar el sueño revolucionario y los objetivos estratégicos.

La vieja izquierda y la izquierda radical-revolucionaria se diferenciaban, además, en su estructura político-organizativa y su conformación. El partido tenía diferentes roles en cada una. Muñoz sostiene que la izquierda de los setenta fue “más allá del aparato partidario, [dado que] el pensamiento político de las izquierdas se desarrolló en relación con la sociedad, reivindicando lo espontáneo como constitutivo de la lucha política. Así, más allá del instrumento

burocrático que condujo a las desviaciones estalinistas, se generó una reinterpretación del paradigma leninista de la organización”. (2014: 100)

La conformación de la vieja izquierda y la izquierda radical también era diferente.

En el PCE y el PCMLE, la dirección era ejercida por personajes de generaciones más antiguas que mantenían bajo control a las generaciones más jóvenes. En el PCE la participación en la juventud comunista era una estación necesaria antes de pasar a la organización mayor que mantenía en un estado de hibernación el ímpetu comunista juvenil. La izquierda radical, por su parte, reunía a personas de aproximadamente la misma generación donde predominaban los atributos juveniles. (Ibarra 2014, 169)

En suma, las escisiones que se produjeron en la década de los setenta renovaron la izquierda. Además, cuestionaron y plantearon el debate en torno a varios temas: programa político, estrategia de alianzas y prácticas organizativas.

La renovación de la izquierda de los setenta en su conjunto permitió que hiciera interesantes contribuciones:

1) un análisis crítico del desarrollo desigual y combinado en el sistema-mundo capitalista y por ende de los límites del desarrollo capitalista; 2) una comprensión del carácter capitalista del Estado contra el sentido común liberal que lo veía como institucionalidad neutral (en aquel momento todavía primaba en la izquierda el análisis del Estado como instrumento de poder de clase); 3) un compromiso de cambio radical a partir de la organización popular y la construcción de conocimiento crítico; 4) una convicción y visión de construir futuros pos-capitalistas.” (Montes, 2014: 30)

Estos aportes mencionados por Montes fueron desarrollados en su mayoría por la teoría de la dependencia. Los puntos de discusión en materia económica siguen siendo actuales. El debate sobre el “cambio de

matriz productiva” de los últimos diez años en Ecuador es una renovación de esa discusión. En cambio, los aportes de compromiso radical con la organización popular han sido abandonados. A pesar de los aportes y la renovación de la izquierda, el mismo autor señala sus límites.

todo esto no niega los límites que tuvo incluso lo mejor del pensamiento y la política de izquierda en los años 1960-1970, que incluyen un reduccionismo de clase asociado a la ceguera a opresiones étnico-raciales y de género y sexualidad; un sesgo economicista que no dio suficiente cabida a entender la especificidad de lo político y por ende a valorar suficientemente la cuestión de la democracia con una política de partidos y sindicatos que no dio cabida a las políticas posteriores de movimientos sociales; y, asimismo, una falta de comprensión sobre el carácter constitutivo de lo cultural en las relaciones de poder (a esta ausencia respondió el llamado giro cultural en la década de 1980 que llegó junto con la crisis del socialismo actualmente existente. (Montes, 2014: 40)

La vieja izquierda y la izquierda radical de los setenta compartían los mismos límites. Pues, “los rasgos de las estructuras organizativas de la izquierda radical tenían antecedentes en la vieja izquierda. Tanto el PCE como el PCMLE eran los portadores de la versión estalinista del “centralismo democrático” cuyos rasgos distintivos predominantes eran la autoridad inapelable de los dirigentes y la aceptación de la unanimidad como regla” (Ibarra 2014, 168). En otras palabras, en las distintas tendencias de la izquierda la organización se basaba en la jerarquía y disciplina férrea.

Los límites de la izquierda mencionados por Montes están relacionados con un cierto *habitus* presente en la izquierda. La izquierda produjo un tipo de identidad, una subjetividad militante estrechamente vinculada con el tipo de organización al que pertenecía. Ese *habitus*

que marcaba las pautas de la vida pública y privada estaba plagado por la disciplina, el autoritarismo y la centralidad democrática.

Para resumir, a pesar de las escisiones y de la renovación de la izquierda de los setenta siguieron predominando varios elementos provenientes del Partido Comunista Ecuatoriano. Varias de esas limitaciones se han filtrado hasta la actualidad. La renovación de la izquierda de los setenta, con sus limitaciones y aportes, sentó las bases y extendió un puente con la década de los noventa y los nuevos movimientos sociales.

LA DÉCADA DE LOS NOVENTA: LA DERROTA Y LA CRISIS

El fenómeno “izquierda” no puede ser comprendida sino en una estrecha relación con la historia y los acontecimientos mundiales. No se trata de una relación mecánica entre historia mundial y nacional. Después de la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS predominaron los conceptos de derrota y crisis.

En Keucheyan, Anderson, Palti y Traverso dedicados a historiar las ideas y los conceptos de la izquierda podemos encontrar frases como: “*La derrota es una experiencia difícil de dominar: siempre hay la tentación de sublimarla*”¹ (Anderson citado por Keucheyan 2013, 7). “*A corto plazo, la historia tal vez la hagan los vencedores. A largo plazo, el aumento de los conocimientos históricos ha procedido de los derrotados*”². (Koselleck citado por Anderson 2008, 336). Según Anderson “*desde el final de la Guerra Fría, [...] las ideas de la derecha han ganado más terreno; el centro se ha adaptado cada vez más a ellas; y la izquierda sigue, mundialmente hablando, en retirada*”³ (2008, 10). Para Traverso (2014) ingresamos

en la década de los noventa en un mundo sin horizonte, sin utopías y con un nuevo régimen de historicidad, un “presentismo” que absorbe el pasado y el futuro.

Sin embargo, en el 2017 y 2018 regresa el concepto de *futuro*. Autores como Alex Williams, Nick Srnicek y Carlos Iliades lo vuelven a poner sobre la mesa. La cita que ilustra esta tendencia dice: “*Debemos pensar en grande. El hábitat natural de la izquierda siempre ha sido el futuro y este terreno debe ser reclamado*”⁴ (Williams y Srnicek citados por Iliades, 2018:11)

Aunque los conceptos de derrota y crisis hayan predominado durante los casi últimos cuarenta años no debería preocuparnos según Traverso y Palti. Por tanto, para el primero “*La izquierda es una historia de derrotas*”⁵. Y para el segundo, el concepto de crisis incluye su posible resolución.

Hobsbawm, Traverso, Palti, Anderson y Keucheyan coinciden en fechar en 1989 el punto máximo de expresión de la derrota de la izquierda. Ese año tiene un peso simbólico importante, pues, constituye un parteaguas en términos históricos (final de un proyecto político y del discurso enarbolado). Sus repercusiones alcanzan a la izquierda mundial. Por un lado, “la caída del Muro [...] señala el final del comunismo como gran utopía del siglo XX. A partir de entonces, el intelectual ya no es más el inventor de las utopías.” (Traverso 2014, 60). Por otro, es “el triunfo del capitalismo: la democracia liberal combinada con la economía de mercado aparece como un sistema sin alternativa”. (Traverso 2014, 59-60)

El momento de la derrota (1989) es sólo un eslabón entre una época marcada por la revolución y cuya lengua era el marxismo; y otra, cuyos puntos cartográficos son

1. El énfasis es propio.

2. El énfasis es propio.

3. El énfasis es propio.

4. El énfasis es propio.

5. El énfasis es propio.

democracia (liberal), individualismo y mercado. Este corte histórico está perfectamente ilustrado por Lechner (1986): *De la Revolución a la Democracia*. Es decir, de los sesenta a los noventa hay una serie de ascensos y descensos de la izquierda a nivel mundial. Sin embargo, también podemos sostener que 1989 es un año bisagra para la resistencia. Ese mismo año sucedía la revuelta de Tiananmen o el Caracazo en Venezuela. A partir de entonces nuevas identidades políticas han desplegado movimientos de resistencia y nos recuerdan que en política la derrota nunca es definitiva.

CONCLUSIONES

Las evaluaciones realizadas sobre la izquierda de los últimos cuarenta años están marcadas por los conceptos de derrota y crisis. Estas interpretaciones están centradas en la caída del muro de Berlín (1989) y la posterior disolución de la URSS (1991). Para matizar esas interpretaciones es preciso mirar el antes y el después de aquella fecha telúrica para la izquierda. Observar lo que pasó en los sesenta y bosquejar el ciclo de movilizaciones de los años dos mil, a través de un caso específico, permite contar con ritmos de avances y repliegue de la izquierda.

Otra estrategia para matizar la percepción de derrota y crisis consiste en incorporar una visión latinoamericana. Por ejemplo, 1989 es para la izquierda europea el momento máximo de la derrota. En América Latina, ese año se produce el Caracazo en Venezuela, evento con el que se inaugura un ciclo de movilizaciones.

El precedente de la caída del muro de Berlín es la década de los sesenta, como se ha dicho arriba, éstos eran la época de la revolución. Contraria a la correlación de fuerzas actuales, la izquierda era predominante y era la que establecía los puntos cartográficos de debate sobre la sociedad. Las dictaduras y

la implantación del neoliberalismo fueron la respuesta frente a esta percepción de transformación inevitable.

Ecuador no es ajeno a los eventos mundiales. La izquierda ecuatoriana, si bien tiene una relación con la izquierda mundial y sus ritmos históricos, tiene expresiones y configuraciones propias. Hay que destacar el predominio del Partido Comunista Ecuatoriano. Varias de las “nuevas” organizaciones de la izquierda se crean en disputa y cuestionamiento a los partidos de izquierda tradicionales.

REFERENCIAS

- Anderson, Perry (2008). *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*. Madrid. España: Akal.
- Aricó, José (2017). *Dilemas del marxismo en América Latina: antología esencial*. Editado por Martín Cortés. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2017.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Argentina: Siglo XXI.
- Hobsbawm, Eric (2018). *¡Viva la Revolución! Sobre América Latina*. Barcelona: Crítica.
- Ibarra, Hernán (2014). **En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta**. En Ortiz Crespo, Santiago y Soledad Álvarez Velasco (coordinadores).
- Iliades, Carlos (2018). *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*. Ciudad de México: Editorial Océano.
- Keucheyan, Razmig (2013). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Lechner, Norbert (1986). *De la revolución a la democracia*. Sociológica. Revista del Departamento de Sociología. VOL: AÑO 1, NUMERO 2
- Marini, Ruy Mauro (1985). **La lucha por la democracia en América Latina**. En Cuadernos Políticos, N° 44, Ediciones Era, México, julio-diciembre de 1985, pp. 3-11. Ponencia presentada en el seminario “Democracia y paz en América Latina”, promovido por el Sistema Universitario Mundial, México..
- Montes, Agustín Lao (2014). **Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro**. En Ortiz Crespo, Santiago y Soledad Álvarez Velasco (coordinadores). *Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad*. (pp. 195-206). Quito, Ecuador. FLACSO.
- Muñoz Jaramillo, Francisco (2014). **El pensamiento político de América Latina en los setenta**. En Ortiz Crespo, Santiago y Soledad Álvarez Velasco (coordinadores). *Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad*. (pp. 195-206). Quito, Ecuador. FLACSO.
- Páez, Alexei (2017). *Los orígenes de la izquierda ecuatoriana*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Palti, José Elias (2005). *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su “crisis”*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Ponce, Máximo. (2014). **El legado político del Conejo y la(s) izquierda (s) en el Ecuador y el mundo de los setenta**. En Ortiz Crespo, Santiago y Soledad Álvarez Velasco (coordinadores). *Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad*. (pp. 195-206). Quito, Ecuador. FLACSO.
- Rivas, Patricio (2012). *El saber revolucionario y los términos de la dominación mundial*. Prefacio del libro Homenaje a Ruy Mauro Marini.
- Traverso, Enzo (2014). *¿Qué fue de los intelectuales?* Buenos Aires: Siglo XXI.